

DANIEL JOVER

Territorios socialmente responsables: el trabajo comunitario como estrategia de desarrollo local

Con la intención de favorecer modelos de desarrollo local que sean capaces no solo de generar empleo sino también cohesión social, convivencia y economía solidaria pretendemos compartir algunas ideas y reflexiones generadas en las diversas prácticas de intervención social y comunitaria dónde venimos trabajando a lo largo de 30 años. Para ello, evocaremos algunos contextos y personas que nos ayudaron a saborear ideas y metodologías socialmente avanzadas, contextualizar y experimentar acciones innovadoras que serían embrión del concepto de comunidades y territorios socialmente responsables. Todas ellas también compartían las mismas cualidades propias de las personas buenas y justas: reflexión crítica, conocimiento y gusto por la verdad. Al fin y al cabo, solo podemos valorar la trayectoria intelectual y humana de las personas si conocemos su vida, sus esperanzas, sus respuestas a las situaciones históricas que les toca vivir.

Nuestras sociedades tienen un modo de funcionamiento exclusivamente centrado en la eficacia utilitarista; está focalizado sobre un modelo de crecimiento que pone en peligro la naturaleza y la cohesión social; un proceso de cosificación y mercantilización generalizada que las hace cada vez más inhumanas e insolidarias. En muchas ocasiones las mismas políticas sociales y de empleo carecen de perspectivas para favorecer la participación activa, el protagonismo y la responsabilización colectiva de las personas convirtiéndolas en “objeto pasivo” de intervención. El riesgo de burocratizar los programas sociales y de inserción es alto. La tradición del desarrollo comunitario y la educación de calle consustancial al trabajo social se fue perdiendo en la medida en que se incrementaban los requerimientos de justificación, informes y controles. Cuando la política social y educativa abandona las calles y la comuni-

Daniel Jover es miembro del equipo Promocions y de la Red de Economía Solidaria, Barcelona

dad para refugiarse en los “informes, ordenadores y despachos” algo grave ha ocurrido. El contexto histórico y el tiempo que ha transcurrido desde los años setenta –época de auge de la perspectiva comunitaria en la intervención social– nos servirá para ubicar la reflexión y analizar qué ha quedado caduco y qué conceptos siguen teniendo un potencial transformador y crítico.¹

Cada vez más la población ha ido delegando su confianza absoluta en los grandes aparatos y sistemas técnicos de la Modernidad, menos eficaces y más contraproducidos.² Han proliferado muchos profesionales y empresas de servicios sociales que adocenán e inhabilitan a las personas y las comunidades para que asuman su protagonismo y aprendan a responsabilizarse y tomar decisiones. Pero el reto de avanzar hacia sociedades más habitables, cívicas y convivenciales sigue vigente.

Lo más inquietante es comprobar que está en trance de desaparición la cultura del trabajo honrado y decente; de la reciprocidad y solidaridad intergeneracional basada en la responsabilidad, el respeto, el don, la generosidad y la gratuidad. Esta cultura popular era la base de confianza y cordialidad necesaria para generar procesos autogestionarios y de autoorganización comunitaria en nuestros barrios y ciudades.

¿Seremos capaces de encontrar los medios de vivir juntos democráticamente y con una vida digna, sin dañarnos? ¿No seríamos más felices si pudiéramos convivir, trabajar y procurarnos atenciones y cuidado los unos a los otros mejorando el civismo y la cohesión social de nuestros barrios y ciudades? ¿Cómo puede contribuir a ello el discurso, la teoría y la práctica del modelo de territorios y comunidades socialmente responsables (TCSR)?

Nuestra hipótesis es que ese modelo tiene una profunda dimensión ética y utópica que hay que verificar en la práctica mediante otro modo de gestionar y regular el conflicto social. No es una técnica o simple metodología de moda sino un innovador enfoque holístico y una estrategia original consistente en una alianza entre resistencia creativa, visión transformadora y experimentación anticipatoria. Hunde sus raíces en la fecunda tradición del desarrollo comunitario y la educación transformadora que tantas experiencias de promoción socio-cultural y autogestión han alumbrado. Se puede entender como una nueva cultura de territorio que diferencia a un espacio de los demás, capaz de involucrar y movilizar a todas las partes interesadas en su desarrollo en un proceso de cambio caracterizado por la integración de múltiples iniciativas y la corresponsabilidad de todos los afectados incrementando la sustantividad democrática y la participación activa.

¹ M. Marchioni, *Planificación social y organización de la comunidad: alternativas avanzadas a la crisis*, Editorial Popular, Madrid, 1989.

² I. Illich, «La convivencialidad» en I. Illich, *Obras reunidas*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 367-530.

Puede plantearse como modelo o estrategia de desarrollo local o territorial integrado y corresponsable, en la que el foco no se pone en el análisis de la actividad económica y la construcción de sistemas productivos de carácter local, sino que incorpora de manera equilibrada otras dimensiones extraeconómicas y pasa de entender el territorio como un problema a verlo como una oportunidad. El TCSR también sirve para caracterizar un proyecto de ciudad o de territorio, de carácter estratégico basado en una visión compartida del futuro deseable, la creación de una cultura de corresponsabilidad y que, con un sistema de gobernanza participativa dé respuesta a los retos de sostenibilidad ambiental, crecimiento económico, empleo e inclusión social. En cualquier caso se nutre de las teorías de responsabilidad social empresarial (RSE), el discurso del desarrollo del capital humano y los enfoques de planificación estratégica (PE).

Si la lógica de la competitividad domina las prácticas de promoción social y desarrollo local, entonces, romperá con el ecosistema solidario de la humanidad

Nuestro punto de vista se centra en cómo resolver problemas derivados de las múltiples situaciones sociales y convivenciales de alta complejidad y conflictividad que emergen en territorios y comunidades ¿Cómo afrontamos los viejos y nuevos conflictos de pobreza, desempleo, exclusión y precariedad laboral desde enfoques integrados y estrategias de cooperación público-privadas? Las perspectivas abren ideas fuerza como: pacto, consenso, acuerdo, plan, responsabilidad, gobernanza, etc., que contenidos en esta estrategia son significativos.

Más allá de los debates teóricos: la fecundidad de la praxis

Todo esfuerzo de pensamiento consiste en pensar la propia experiencia en interacción recíproca con los entornos y las personas implicadas.

Necesitamos extraer de la praxis los aprendizajes y lecciones que nos permitan avanzar y madurar tanto individual como colectivamente. Mal favor hacemos cuando generamos debates bizantinos que pierden lo esencial en las babélicas diferenciaciones mezquinas de las definiciones perfectas pero que no encajan en las realidades siempre complejas. Todo conformismo empieza precisamente en las definiciones acabadas y pulcras. Siempre me gustaron los *gerundios*, esa forma verbal que indica una acción en permanente proceso de ejecución, aunque sin determinación de persona ni variación en la terminación para expresar el tiempo. La sabiduría popular los ha asimilado para expresar verdades como puños: «a caminar se aprende andando», «andando, que es gerundio», «aprender haciendo», etc.

a condición que asumamos las lecciones de nuestros errores y mejoremos. La experiencia es una forma de conocimiento o habilidad derivada de la observación, de la vivencia de hechos o procedente de las cosas que suceden en la vida y sirven para afinar la intuición. Con ello podemos dar testimonio de lo vivido y sentido porque la persona se expresa a sí misma en cada acción.

Lo contrario ocurre, por tanto, cuando el conocimiento descontextualizado se torna más alejado y menos comprensión y sentido de la realidad tenemos. Es preciso desaprender lo recibido y rescatar saberes entre las grietas de lo olvidado. Apostar por un pensamiento crítico y dialógico que desarrolle nuestra conciencia será lo que nos libere de los mitos en torno al ego que tanto limitan nuestra existencia.

Si dejamos que la lógica de la competitividad domine los discursos y las prácticas de promoción social y desarrollo local, entonces, instrumentalizará los mejores talentos e ilusiones de las personas y romperá con el ecosistema solidario de la humanidad porque la alteridad, los demás y la naturaleza que nos rodea son parte de nosotros mismos. No existe la fragmentación entre el yo mismo, los demás y el medio ambiente sino una profunda interpenetración que los vincula.

Si la persona abandona su esencia de generosidad y alteridad, entra en proceso de deshumanización y se degrada en su forma de pensar, sentir, vivir y relacionarse con los demás, que pasan a ser objetos instrumentales de su egoísmo. Así se va construyendo un modo de vida marcado por el sinsentido de la competitividad a ultranza, utilitarismo que provoca el malestar y la necesidad de evasión y auto engaño. Desde este paradigma las personas actúan movidas por el miedo y la necesidad de supervivencia, pretenden que el mundo se adapte a sus deseos y necesidades egoístas con lo cual la espiral de resentimiento, odio y desprecio a lo diferente se va imponiendo en entornos cada vez más violentos y hostiles a la convivencia humana.

Territorio socialmente responsable y desarrollo comunitario

La comunidad y lo comunitario

Mis primeras experiencias profesionales se desarrollaron hace 34 años en los barrios de Cornellá y del Besós (Barcelona) tanto en el marco de escuelas de adultos y asociaciones de vecinos como en la experiencia de autogestión pedagógica y comunitaria impulsada por la escuela-cooperativa Gregal coordinada por Josep María Rueda.³ Algunas ideas y méto-

³ D. Jover, *Praxis de la esperanza-educación, empleo y economía social*, Icaria, Barcelona, 2006.

dos siguen siendo fértiles e innovadores porque los hemos ido reinventando en la praxis permanente.

Con el compromiso de la acción y animado por él, aprendí que no es lo mismo hablar de comunidad que de comunitario. La comunidad es sólo un referente territorial, es un marco donde se constatan las diversas dialécticas que caracterizan al colectivo humano que está en este territorio. La participación y la animación pueden ser un lugar de aprendizaje de la autogestión, un medio para dar a los grupos sociales concernidos la posibilidad de tomar el máximo de iniciativas que atañen a su propia capacidad de organización. Las relaciones con los otros y la calidad de las relaciones siempre fueron un elemento estructurador de los vínculos y lazos que generan capital social en el territorio. A través de la reciprocidad activa y el reconocimiento mutuo se va construyendo lo mejor de la convivencia.

Comunitario es un concepto más interesante; *comunitario* quiere decir capacidad de gestionar colectivamente intereses comunes. Y cuando decimos intereses nos referimos tanto a necesidades, como a la resolución de dificultades, como a desarrollo, etc.

La capacidad de gestión colectiva o comunitaria es lo que nos posibilita interesarnos por los problemas comunes. La capacidad es a la vez un plano de interrelaciones y un plano regulador de significados conocido como representación social. Desde esta perspectiva comunitaria los sujetos podrán capacitarse para ejercer con otras personas el acto colectivo de gestión, sus intereses, su vida, su futuro. «Para nosotros autogestión es el proceso con el que denominamos nuestra propia transformación, o dicho de otra manera, es el aprendizaje que estamos realizando colectivamente para pasar de una organización jerárquica, autoritaria, a una institución que se va creando a partir de las necesidades y respuestas que vamos dando todos los que estamos implicados en ella».⁴

Porque el gran dilema del desarrollo comunitario y del desarrollo local es si se generan procesos con las personas de adaptación y sumisión o de cambio y transformación social de sus entornos. Si son estrategias que consolidan y legitiman las desigualdades o favorecedoras de regeneración y promoción integral. Para ello la concienciación y participación popular son elementos fundamentales en los programas de desarrollo de la comunidad. Llevan implícitas dinámicas de movilización y promoción de las capacidades a través de procesos educativos y formativos de diferente tipo. Es una metodología de trabajo desde la base para desarrollar las potencialidades de individuos y grupos con el objetivo de mejorar sus condiciones de existencia.⁵

⁴ J. M. Rueda, *Comunidad, participación y bienestar social*, Diputación Barcelona, 1998, p. 49. Sobre este tema véase: J. M. Rueda, *Programar, implementar proyectos, evaluar. Instrumentos para la acción*, Certeza, Zaragoza, 1993, y D. Jover, «Entrevista con José María Rueda» en *Empleo Juvenil, Formación e Inserción social y profesional*, Edición Popular, Madrid, 2005.

⁵ E. Ander-Egg, *Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad*, El Ateneo, México, 1986.

Una comunidad es fuerte y cohesionada cuando es capaz de suministrar a sus miembros los ideales y valores que le dan sentido tan importante para vivir como los recursos que necesita. Y los recursos van desde los básicos hasta los complejos, desde el transporte y la movilidad hasta las relaciones lúdicas, etc.

En esta dialéctica de los recursos, es preciso destacar que el primer recurso de la comunidad es el factor humano, es decir las personas que la componen. Las personas establecemos nuestras relaciones en el marco de redes sociales. La riqueza y la capacidad de estas redes harán que la ciudad y territorios sean más ricos y capaces para resolver sus problemas.

¿Qué es el desarrollo local?

El concepto más generalizado de *desarrollo local* lo define como un proceso de crecimiento económico y cambio estructural que conduce a una mejora del nivel de vida de la población local, en el que se puede identificar, al menos, dos dimensiones: una económica, en que los empresarios locales usan su capacidad para organizar los factores productivos locales con niveles de productividad suficientes para ser competitivos en los mercados; otra sociocultural, en que los valores y las instituciones locales sirven de base al proceso de los desarrollos culturales. La estrategia de desarrollo local debe considerar otra dimensión más, la política-administrativa, en que las políticas territoriales permiten crear un entorno económico favorable, protegerlo de las interferencias externas y favorecer e impulsar el desarrollo del potencial local.⁶

En Europa encontramos buenas prácticas y ejemplos demostrativos de otras formas de enfrentarse al trabajo y la emprendeduría social, de organizar la producción y seleccionar los bienes y servicios que han de ser producidos para la mejora y el desarrollo de la comunidad, articulando nuevos vínculos con los sistemas de educación y formación, respondiendo a los desafíos de aumentar la calidad de vida y el bienestar social desde la solidaridad, a fin que tengan cabida digna, tanto los jóvenes como todos los colectivos desfavorecidos y penalizados por el mercado de trabajo. Este mosaico diverso y heterogéneo configura el “humus” creativo de los TCSR.

¿Quiénes son los agentes y sujetos protagonistas de los TCSR?

El concepto TCSR inicialmente es la aplicación y transferencia de la responsabilidad social corporativa (RSC). Es decir, la adaptación del discurso de la responsabilidad empresarial

⁶ A. Vázquez, *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*, Pirámide, Madrid, 1988.

corporativa al territorio. Y en ese proceso emergen las contradicciones, limitaciones y oportunidades del discurso de la RSC; que exalta la virtud de la responsabilidad en medio de un entorno de irresponsabilidad máxima.

El sujeto y el objeto de la aplicación práctica del TCSR es la comunidad y en concreto lo comunitario. Una comunidad se inscribe en un espacio geográfico, en un territorio. Los miembros tienen sentido de pertenencia y se identifican con ella, y conforman un tejido interrelacional, con múltiples interacciones y relaciones, con demandas, problemas, necesidades e intereses comunes o divergentes, generándose formas organizativas para canalizarlos mejor con los recursos disponibles. La comunidad es objeto del TCSR puesto que su fin último es la mejora de la calidad de vida y el bienestar de la misma y de todos sus componentes. Como sujeto, y a la vez, *stakeholders* del TCSR, serán todas las partes o actores interesados en el desarrollo territorial, y especialmente, aquellos que puedan intervenir de forma más significativa en el mismo: empresas, organizaciones empresariales y sindicatos, organizaciones sociales de todo tipo –las ONG, asociaciones de consumidores, de vecinos, culturales–, administración y ciudadanía.

Ello no obsta para que cada actor del territorio, de manera particular, esté llamado a emprender un proceso de asunción e implementación de *sus* responsabilidades sociales específicas y de rendición de cuentas hacia *sus* grupos de interés. El TCSR se configura como un espacio-proyecto abierto. De manera permanente se invita a participar a todos los que tengan algo que decir y la voluntad de hacerlo. Es un espacio para el diálogo, la asunción de compromisos, la elaboración de una agenda de retos y el trabajo en red. Todo ello tendrá como consecuencia la redefinición, reorientación o ampliación progresiva de los roles de algunos actores.⁷

Favorecer la participación y la ciudadanía activa en los TCSR

La ciudad moderna en crisis estructural y con paro masivo también implosiona. Se ve desbordada por complejos problemas multidimensionales. Y cambia el tipo de ciudadano que la habita. Para subsistir, la megalópolis necesita aplicar la lógica perversa de la exclusión y la invisibilidad. Hay que construir ciudades integradas y cohesionadas en las que cada persona y cada grupo puedan encontrar su propio espacio y participar en convivencia. Entre lo individual y lo estructural se encuentra la dimensión relacional y la presencia de rostros que es la base de toda convivencia. En la convivencia y el reconocimiento mutuo y recíproco podemos descubrir la verdadera y renovada humanidad común.

⁷ J. M. Canyelles, *Territoris Socialment Responsables. Una oportunitat per a la millora del territori*, Responsabilidad Global-Consorcio de Empleo y Promoción Económica Vallès Occidental, Barcelona, 2008.

Así como la pobreza era el fenómeno social de referencia en la sociedad preindustrial del siglo XIX, y la explotación en la industrial del siglo XX, en la postindustrial del siglo XXI se forja la dinámica de la exclusión, que recae en especial sobre el colectivo desfavorecido, el más vulnerable inmigrante, la población a la deriva. Entendemos la integración como el ejercicio pleno y efectivo de los derechos de las personas. Se trata de construir un marco de convivencia en el que todos, migrantes y autóctonos vean reconocidos sus derechos y puedan ejercerlos con normalidad.⁸

La historia del trabajo y la convivencia en la ciudad corren paralelas y reflejan la historia del ser humano para construir comunidades económicamente prósperas y socialmente justas. También se puede concebir como una historia de esperanzas y de cooperación, no solo de hechos agresivos y conflictos violentos sino de anhelos para construir formas igualitarias de satisfacer las necesidades laborales y sociedades más democráticas, generadoras de vínculos y lazos sociales que nos unen a la Tierra y nos reconcilian con los demás y con nosotros mismos. Las ciudades, si quieren ser territorios socialmente responsables, han de funcionar como ecosistemas. Esto es, como espacios fundamentales que propician no solo la emprendeduría, el empleo y la inserción laboral, sino la convivencia como valor fundamental: los contactos, los vínculos, los intercambios, las relaciones de poder, dominio, creación y comunicación.

Así, las principales disfunciones o desajustes ocurren en el ámbito económico, ambiental y social: déficits que se saldan con paro, incivismo, exclusión, marginación y sufrimiento. Nosotros somos testigos, actores y actrices de la gran transformación del mundo que afecta a todas las esferas de la vida y no sólo al empleo asalariado o el trabajo humano. Esta mutación sistémica es mucho más larga y profunda que lo que nos dicen desde los centros creadores de opinión. Estas tensiones, paradojas y conflictos se manifiestan en la convivencia entre personas y grupos humanos en las ciudades, que junto al desempleo manifiestan tendencias de rechazo y exclusión social. Vivimos una alteración del marco conceptual e intelectual que sostiene nuestra comprensión de las realidades. La economía no es una mera yuxtaposición de mercados sino un complejo sistema de relaciones e interacciones. Y sabemos que históricamente no hay relaciones económicas de intercambio sin organizaciones públicas y privadas que intervengan entre posiciones. No hay actividad económica sin ética ni sentido de responsabilidad social sin regulaciones públicas, sin cultura del bien común y del interés general que prevalezca y exista entre las pasiones y posiciones de los operadores que intervienen.

Pero los tiempos de crisis también son tiempos para repensar los fundamentos de la convivencia que experimentan nuestras sociedades. Encontraremos caminos para la rege-

⁸ J. Soler Amigo, «La apuesta por la ciudad educadora», *La Factoría*, núm. 7, octubre-enero 1999, p. 56.

neración ecológica y social de la economía volviendo a situar la ética, las personas, la sostenibilidad y los derechos humanos en el centro de las políticas de empleo-formación favorecedoras de la convivencia y el civismo en las ciudades.

Orientar estrategias de TCSR cohesionadas con empleo y buena convivencia

El trabajo y el empleo son factores de integración e inclusión social pero no suficientes para garantizar el civismo y el sentido colectivo. Uno de los retos de la ciudad actual es facilitar la convivencia basada en la diversidad intercultural que complemente los programas de empleo-formación y cohesión social que se trabaja. La autoridad democrática guiada por una ética cívica debe asegurar la acogida ante la exclusión, la apertura ante la marginación en el marco de sus programas de empleo e inserción. Esta es la paradoja: la ciudad integra y margina. Educa para la ciudadanía y también para la exclusión. La ciudad no hará ciudadanos y ciudadanas si una parte de sus residentes no pueden adquirir esta calidad. Para que sea socialmente relevante la comunidad exige defender simultáneamente derechos culturales y socioeconómicos. Todo en confluencia hacia un horizonte de derechos políticos plenos donde la “mutua presencia” de unas personas en las otras (interacción), configuran el tramado institucional y la funcionalidad del sistema.

Para hacer un análisis holístico y transversal de las sociedades complejas hay que combinar cultura y economía, estatus y clase social, lo que es simbólico y lo que es material, redistribución y reconocimiento.

La buena convivencia facilita la vida cotidiana que con su entramado relacional se convierten en ámbitos de transformación social profunda. No basta la dinamización del mercado de trabajo o las políticas de empleo y formación. Las políticas de desarrollo local solo crearán empleo de calidad si también fomentan la cohesión y participación social.

En los últimos años, se ha generalizado junto con el desempleo masivo la percepción social de inseguridad y el aumento de conflictos de convivencia y conductas incívicas. Al mismo tiempo, se ha configurado un mercado de trabajo cada vez menos regulado y más precario, especialmente, para los sectores más desfavorecidos de la población activa, caracterizados por su heterogeneidad, la alternancia de empleos o subempleo y sus períodos de desempleo.

En tiempos de precariedad e inseguridad laboral la reclamación de derechos parece un privilegio. ¿Podemos hacer compatible la seguridad en el empleo y la flexibilidad? Muchas veces se invoca la flexibilidad como coartada para desmantelar los logros que el derecho de la educación permanente, del trabajo y de la protección social han conquistado en el último siglo.

Los agentes de la sociedad civil que intervienen en el mercado de trabajo y la actividad económica del territorio no pueden seguir manteniendo unas actitudes pasivas ante el supuesto carácter inexorable de la globalización económica y las recetas del pensamiento único.

La relación entre trabajo, convivencia y ciudadanía es directa en los TCSR

Los TCSR necesitan un horizonte cualitativamente diferente donde la innovación y la economía estén al servicio de la humanización de la vida y la sociedad, no al revés.

Nosotros creemos que trabajadores sociales y equipos de promoción y desarrollo comunitario junto a comerciantes, sindicatos, los empresarios, y otros actores de la sociedad civil como los vecinos y vecinas tienen unos roles complementarios en el territorio para construir modelos de convivencia y economía local basados en la ética, la calidad y la equidad. Sabemos que los modelos consensuados como los pactos territoriales por el empleo, la cohesión social y la convivencia generan otras metas y enfoques. Sus métodos no son una mera yuxtaposición de medidas coyunturales ya que afectan a la calidad de vida, la pobreza y la exclusión social. Deberíamos plantearnos si se sitúan en una perspectiva adaptativa y subordinada a las fuerzas del mercado, o si, por el contrario, proponen la construcción de otras alternativas de desarrollo local sostenible solidario y a escala humana. El enfoque que prioriza sólo las partes aisladas sin tener en cuenta los contextos y los impactos reales con respecto a la dignidad, a la calidad de vida y a los derechos sociales, es una “miopía” tecnocrática que contribuye a legitimar y reproducir las nuevas/viejas desigualdades que se evidencian en el mundo del trabajo configurado en la sociedad de la información.

Es importante advertir que no existen determinismos ni fatalidades. Las decisiones humanas y las construcciones sociales son modificables con la acción de la inteligencia colectiva y la energía de la solidaridad que se reflejan en redes de cooperación.

Ante una crisis del sistema de empleo y la cohesión social reflejada en la convivencia y ciudadanía tan profunda como la actual, debe plantearse una alternativa como esperanza y como orientación de la acción diaria. No sólo actuar sobre los efectos y consecuencias sino sobre las causas que las provocan.

Hay que evitar el catastrofismo sistemático que nos impide una comprensión adecuada de la realidad e intentar poner remedio al problema. Hay que saber gestionar la realidad sin dejar de criticarla y cuestionarla.

Las propuestas más importantes que ha construido la propia humanidad han sido del orden de las utopías necesarias. Si falta el horizonte de un mundo diferente, reproduciremos el pasado.

Territorios socialmente responsables desde la perspectiva de educación transformadora

Vivimos no solo una época de cambio sino un cambio de época. El problema no es la crisis sino el sistema. Cualquier iniciativa para favorecer los TCSR debe incorporar en su visión la educación e inclusión social y profesional de los colectivos más vulnerables así como favorecer valores éticos y una nueva cultura de la solidaridad para asegurar la “sostenibilidad de los proyectos”. La actual crisis sistémica solo abrirá oportunidades de humanización y cohesión social si va acompañado de un cambio cultural y educativo que se expresa en el impulso de otros modelos de desarrollo local regenerados a partir de la economía social y solidaria. Capaz de favorecer no solo el empleo y la inserción laboral sino la convivencia y cohesión social de toda la población del territorio. Esta estrategia de trabajo transversal, integrado e integral que denominamos modelo TCSR se concreta en proyectos de actuación que den respuestas claras y evaluables a las necesidades concretas de la comunidad donde se incide.

Los agentes de la sociedad civil no pueden seguir manteniendo unas actitudes pasivas ante el supuesto carácter inexorable de la globalización económica y las recetas del pensamiento único

Ante situaciones sociales y convivenciales altamente complejas en nuestros barrios y ciudades se requiere también construir respuestas integrales que comprendan la multicausalidad de la exclusión y sus consecuencias en los espacios locales. Por ello el enfoque comunitario con el soporte y la colaboración de todos los agentes sociales, económicos y cívicos que conforman una comunidad es imprescindible. Solo de este modo se crearán sinergias que multipliquen los esfuerzos y faciliten actuaciones consensuadas y eficaces que tengan impactos positivos reales. Los TCSR son espacios de participación plurales y abiertos que propician dinámicas relacionales basadas en la confianza y el acuerdo estratégico para priorizar el abordaje de problemas que más inciden en el bienestar y la cohesión social tales como la salud, vivienda, trabajo, formación-educación, medioambiente, ocio y tiempo libre, participación y asociacionismo.

Pero sabemos que en este ámbito existen diferentes corrientes. Aparecen modelos adaptativos y modelos transformadores. Unos pretenden reproducir y legitimar las desigualdades, otros fomentan el cambio y la evolución.

Nuestra apuesta se basa en emprender procesos de desarrollo comunitario que incorporen modelos de participación y formación integrales. Estos se deberían fundamentar en

el aprendizaje dialógico y en el desarrollo del espíritu crítico y cooperativo enfocado al desarrollo humano y sostenible de carácter local. De este modo, se irán construyendo territorios socialmente responsables acompañados por métodos y sistemas propios de una educación transformadora y fórmulas de gestión basadas en la cooperación público-privada con otros indicadores para evaluar el desarrollo humano y la riqueza del territorio.⁹

Nueve principios metodológicos para los TCSR

1. Participación activa y Desarrollo de la motivación y la voluntad

No es solamente un problema de motivación en el sentido de potenciar técnicas que estimulen razones y móviles para actuar. La voluntad es más poderosa que la motivación. Responde a planteamientos profundos. Posibilita explorar las raíces y razones existenciales. Nadie participa si no quiere. La estrategia debe ayudar a que emerja la capacidad de querer actuar por «algo que valga la pena». De este modo podrá participar y decidir. La misión central es *restituir la dignidad de la persona*. Por eso debe ser tratada siempre con respeto y debe ser reconocida como sujeto de derechos, responsable de sus decisiones, experta y *protagonista de su propia vida*.

2. Historicidad

Las personas en procesos de participación deben asumir su propia biografía personal y profesional como fuente de aprendizaje y reflexión. La “historia personal” puede ser la gran maestra de su vida si es reelaborada y aprehendida. Pero las personas no somos solitarias somos seres sociales e históricos y necesitamos establecer relaciones solidarias. En este nivel es fundamental fomentar el diálogo igualitario y la comunicación entre los participantes y formadores valorando los argumentos y razones en sí mismas superando las posiciones de poder. La información no genera conocimiento. Solo si hay una aprehensión y asimilación de las realidades y de las informaciones se produce conocimiento. La educación pues no es un mero proceso de “transmisión” de datos o informaciones, requiere una apropiación en el sentido de “hacérselo propio”. Necesitamos conocer y comprender nuestras circunstancias históricas y las causas de los fenómenos sociales que nos mediatizan y para ello hay que saber mirar.

3. Comunitariedad. Aprender del entorno transformándolo

Hay que utilizar todo el potencial de los recursos socioeconómicos y comunitarios del territorio, de los cambios en el mercado laboral y la estructura ocupacional. Confrontar directamente las capacidades con los requerimientos del mundo laboral. No favorecer la adaptación sino la innovación y modificación del entorno personal, social, familiar de modo que sea interactivo. Aprender a ser humanos es aprender a leer y narrar el mundo para descifrar sus múltiples significados.

⁹ P. Viveret y equipo PROMOCIONS, *Reconsiderar la riqueza y el empleo-inserción laboral y ciudadanía*, Icaria, Barcelona, 2004.

4. *Recrear la pedagogía de la alternancia-formación productiva/trabajo*

Lo que más educa es la propia práctica y la acción adaptada a las características de cada colectivo y cada territorio. Siempre habrá un plan personalizado para orientar el desarrollo del aprendizaje. La combinación de situación de aprendizajes con elaboración del trabajo es una metodología que hay que reinventar permanentemente.

Los riesgos de burocratizar cualquier metodología supuestamente innovadora están presentes. No todo es alternativo en la pedagogía de la alternancia ni en el desarrollo comunitario.

5. *Se participa y aprende mejor cuando dialogamos y nos organizamos en grupo con acompañamiento personalizado*

El trabajo y la dinámica de grupo es un recurso permanente en cualquier proceso de participación y formación social. Hay que aplicar técnicas de animación de grupos junto a la tutorización y acompañamiento individualizado para adecuar el ritmo de aprendizajes a las características de cada quien.

6. *Garantizar no solo la igualdad de oportunidades sino la igualdad de resultados*

Sabemos que las personas en situación de riesgo parten de una gran desigualdad educativa y social. Se puede compensar esas diferencias de origen para evitar que reproduzcan más desigualdad. Dependerá de la estrategia de promoción y apoyo que impulse. Es necesario potenciar la “inteligencia emocional” y las múltiples formas de inteligencia cultural.

7. *Desarrollar las cualificaciones sociales*

La creación de vínculos sociales y relaciones que refuerzan el sentido de pertenencia e identidad personal resulta decisiva para la convivencia y el empleo. No hay cualificación técnica sin cualificación tecnológica ni competencia social y ciudadana. El trabajo en asociaciones y redes de intercambio y cooperación es un marco idóneo para fomentar esta estrategia dada la relativa “protección” y malla de seguridad que ofrece actualmente la relación laboral precaria y la falta de oportunidades para la contratación laboral con la combinación “educadora” de derechos, responsabilidades y prestaciones derivadas de ello.

8. *Dinamizar la creatividad y el sentido del humor*

Es necesario contrarrestar las tendencias fatalistas y de resignación a la adversidad que manifiestan las personas en situación de precariedad o fracaso laboral. Los procesos de participación y formación deben despertar la curiosidad y la creatividad como fuentes de aprendizaje para hacerlo todo más fácil. El humor siempre estimula e inspira para formarse y orientarse mejor. Un buen clima y un buen estilo de acogida hacen reconocer en las personas que pueden cambiar y aprender muchas cosas. Porque se sienten útiles, aportan sus argumentos, explicaciones y relatos personales. Se comunican e interactúan. Perciben que nadie decide en vez de ellas. Nadie sustituye a nadie. Cada cual asume sus responsabilidades.

9. *Encontrar sentido y producir significados*

Una estrategia de participación y formación crítica fundada en el diálogo igualitario es el mejor modo para que las personas de la comunidad pasen a ser protagonista y responsable de sus decisiones. La clave es abrir energías para que afloren los mejores sentimientos y propósitos de cada quien. Restituir el derecho a soñar que todos y todas tenemos para dar sentido a nuestra existencia. Las acciones y proyectos de educación para el desarrollo deben evitar caer en el estéril productivismo utilitarista. Su praxis debe fundamentarse en el ejercicio cotidiano de los derechos.

Conclusiones

Se ha instalado una visión conformista que tiende a justificar el drama actual culpabilizando a las víctimas. Una brecha insalvable entre los integrados y los excluidos, neutralizada por la heterogénea capa de precarizados. Esta sería la mejor coartada para mantener y reproducir la dualización de la sociedad: responsabilizar a los perdedores de su situación. Y, como paliativo, un creciente asistencialismo de las políticas sociales y de empleo que, tergiversando los conceptos de inserción, comunidad y responsabilidad social se convierten en un falso remedio para segregar y fragmentar selectivamente.

La cultura de la inevitabilidad de la exclusión social impide trabajar a favor de la justicia y de la dedicación a los más desfavorecidos. Pero no hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Nada cambiará si no aprendemos a crear vínculos, a hacer un cambio mental. La transformación personal es condición de cualquier cambio social. Necesitamos elaborar un arte de vivir que sepa unir en fecunda interacción las motivaciones personales y colectivas. Sin ética solidaria ni esperanza, no hay desarrollo comunitario ni trabajo social posible. Y para que esta vida valga la pena y sea convivencial hay que compartir problemas y soluciones con los demás. Este aprendizaje cotidiano del valor del diálogo ayuda a arraigar en la cultura democrática el fundamento de la participación y la capacidad de autoorganización de las comunidades. Es una manera de expresar los desacuerdos y puntos de vista diferentes para que sean fecundos. Muchas veces los conflictos en diálogo pueden ser alternativos a una violencia que nace a menudo en el silencio, la frustración o el aislamiento del miedo.

Ante el miedo, la angustia, el individualismo y el egoísmo, hay que impulsar culturas cooperativas orientadas a la emulación, a compartir la alteridad, la fraternidad y la alegría. Sólo podemos hacer posible la esperanza si confiamos en las capacidades y potencialidades de la gente organizada como una manera mejor de avanzar juntos en la fraternidad.

El mejor *desarrollo local* ha de ser no solo sostenible sino solidario. Debe enfocarse para la promoción económica y el empleo pero no dicotomiza las partes sino que integra y complementa el enfoque económico-social y el ético-cultural: fusiona el concepto de desarrollo comunitario y el de territorio socialmente responsable fomentando la participación, la convivencia y la regeneración democrática de las ciudades.